

El *mundo político* del novecientos: recuerdos de la revolución, anhelos de democracia y protestas de la “opinión pública”

The political world at the turno of the twentieth century: revolutionary memories, democratic aspirations and the protests of “public opinion”

INES ROJKIND

Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
inesrojkind@gmail.com

RESUMEN

Este trabajo se propone mostrar la existencia a comienzos del novecientos en la ciudad de Buenos Aires de un *mundo político* amplio y complejo, configurado a partir de denuncias periodísticas, discursos opositores y protestas callejeras, del que formaban parte actores diversos. Compuesto por una multiplicidad de reclamos, consignas y formas de acción, ese mundo político se articulaba alrededor del antagonismo entre la “opinión pública” y la “oligarquía gobernante”. Dentro de sus contornos, se gestó una dinámica de movilización que impactó sobre la legitimidad de la dominación del PAN y, especialmente, sobre la fortaleza de la autoridad del presidente Julio Roca y el rumbo político de su gobierno. Se ofrece a continuación una serie de indicios acerca del funcionamiento de aquel mundo político del novecientos: el recuerdo del Noventa, las acusaciones de corrupción, la resistencia en nombre de la “opinión”, y los anhelos de democracia.

Palabras clave: opinión pública, movilización, Julio Roca, corrupción, democracia.



ABSTRACT

This article seeks to demonstrate the existence, in early twentieth-century Buenos Aires, of a broad and complex political world shaped by press denunciations, oppositional discourses, and street protests, and inhabited by a diverse array of actors. Composed of multiple demands, slogans, and forms of action, this political world was structured around the antagonism between “public opinion” and the “ruling oligarchy.” Within its contours, a dynamic of mobilization emerged that affected the legitimacy of PAN rule and, in particular, undermined the strength of President Julio Roca’s authority and the political direction of his government. The article presents a series of indications of how this political world functioned at the turn of the century: the memory of the Revolution of 1890, accusations of corruption, resistance articulated in the name of “public opinion,” and aspirations for democracy.

Keywords: public opinión, mobilization, Julio Roca, corruption, democracy.



Introducción

Cuando Julio Roca asumió por segunda vez la presidencia de la república, en octubre de 1898, proclamó el inicio de “una era de paz y tranquilidad” que iba a permitir atender a “las exigencias del progreso material y moral” del país. *Tribuna*, el diario oficialista, se apresuró a celebrar el restablecimiento del orden después de los “duros sacudimientos” de los años previos.¹ El ciclo insurgente de los noventa había introducido una fuerte preocupación respecto de la estabilidad política e institucional: la Revolución del Parque lanzada por la Unión Cívica había sido derrotada en julio de 1890, pero posteriormente la insurrección armada se había extendido desde la capital hacia las provincias y había sido necesario un gran despliegue militar para sofocarla (Botana, 1994, p. 169). Como lo había hecho en los años ochenta (Alonso, 1997), el roquismo recurría en el cambio de siglo a la imagen de ruptura con el pasado e inauguración de una nueva época, buscando legitimar de ese modo su hegemonía.

El segundo gobierno de Roca transcurrió atravesado por diversos conflictos: los enfrentamientos y las divisiones dentro del Partido Autonomista Nacional (PAN),

¹ *Tribuna*, Buenos Aires, 12/10/1898, p. 1. El discurso inaugural de Roca se puede leer en: *La Nación*, Buenos Aires, 13/10/1898, p. 4.



el creciente protagonismo que ganaban nuevas fuerzas y liderazgos de la oposición, y una dinámica de intensa movilización en el espacio público que convocaba a un amplio conjunto de sectores; todo ello en el marco de una sociedad que al mismo tiempo estaba siendo transformada por el crecimiento económico, la inmigración masiva y los cambios urbanos. En especial, interesa remarcar aquí la potencia que alcanzó la práctica de la movilización colectiva. En Buenos Aires y en otras ciudades del país se realizaron manifestaciones de diverso tipo, vigor y escala. Más allá de las motivaciones específicas en cada caso, esas manifestaciones eran leídas en clave política y, concretamente, de oposición al gobierno, sobre todo, en el contexto del control que el PAN mantenía de la escena electoral a través de múltiples mecanismos de producción y manipulación del sufragio. A partir de la mitad del mandato, se encadenaron algunos eventos que tuvieron mayor impacto y que elevaron considerablemente el nivel de conflictividad: la protesta contra el proyecto de unificación de la deuda externa en julio de 1901, que originó una imprevista tormenta política y llevó a la imposición del estado de sitio en la capital; la huelga que paralizó el puerto de Buenos Aires en noviembre de 1902 y condujo a la adopción de medidas represivas muy duras contra los trabajadores; la movilización en repudio de la llamada Convención de Notables en octubre de 1903, como consecuencia de la cual la designación del candidato para suceder a Roca en la presidencia se produjo en medio de ruidosas demostraciones callejeras y de choques con la policía. La historiografía ha reparado en general en la rivalidad entre fracciones enfrentadas dentro del grupo gobernante que, en aquellas circunstancias, fue minando el liderazgo roquista (Botana, 1994; Castro, 2012). El cuadro, sin embargo, resulta incompleto si no se toma en cuenta también la dinámica opositora que se convirtió en el motor de una creciente efervescencia pública. Roca y el elenco gobernante se encontraron frente a un desafío diferente, que rebasaba los parámetros y los encuadres de la movilización partidaria de los noventa, que involucraba a gente diversa (con dispares adscripciones sociales y políticas) y que transcurría en gran medida en las calles, un espacio político abierto, elástico y eventualmente insumiso.²

La sucesión de manifestaciones en rechazo de decisiones y medidas de la administración roquista delinea la imagen de un ambiente público adverso y de un gobierno no sólo atravesado por divisiones y pugnas internas, sino además sujeto a la presión de la calle y con dificultades para procesar esa oposición. El propósito de este trabajo consiste, precisamente, en analizar los elementos que se combinaron en la cristalización de aquel clima de inconformidad y de protesta

² Esta perspectiva se emparenta con interpretaciones que en los últimos años han señalado, por un lado, la relevancia de diversas formas de participación política en el marco del llamado *orden conservador* (Rojkind, 2017) y, por el otro, el peso de las lecturas en clave de “crisis” que los propios contemporáneos hicieron de la coyuntura en la que Roca fue reelecto, en 1898 (Romero, 2020).



frente al gobierno y, en particular, contra la figura de Roca, en quien se concentraban las críticas y las acusaciones. Está claro que repercutió, y mucho, la injerencia de la prensa. Con adscripciones partidarias más claras en algunos casos (*La Nación*, portavoz del mitrismo) o simpatías políticas en otros (*El Diario* y *El Tiempo*, ambos de perfil opositor), el periodismo era fuertemente hostil para con la gestión de Roca. Los órganos oficialistas representaban, obviamente, la excepción: *Tribuna* (roquista) y *El País* (pellegrinista), pero –según testimonios de la época– esa misma circunstancia les restaba popularidad (De Vedia, 1954, p. 43). En particular *La Prensa*, el exponente más moderno, influyente y comercial del periodismo porteño y nacional, era el que fijaba el contenido y el ímpetu de las denuncias contra el gobierno, que muchas veces encontraban traducción en una extensa movilización que se materializaba en las calles y comprendía a un público variado (Rojkind, 2019).

Aun así, la explicación que acá se propone pretende ir más allá de comprobar la estrecha articulación entre discusiones periodísticas y movilización callejera, para –con ese punto de partida– postular la hipótesis acerca de la existencia de un amplio y complejo *mundo político* que incluía prácticas, discursos, espacios y mecanismos de interacción. Formaban parte de él diferentes actores (desde dirigentes y militantes políticos hasta trabajadores organizados, pasando por comerciantes, industriales, jóvenes universitarios e imprecisos “grupos de pueblo”), con agendas y redes organizativas también variadas, pero que poseían –sin embargo– un registro común de formas de acción y de sentidos a través de los que interpretar los conflictos y expresarlos en el espacio público. Ese registro era, vale la pena insistir, de carácter fuertemente opositor y se referenciaba en un declarado antagonismo entre la “opinión pública” y la “oligarquía” o “casta” gobernante. En las páginas que siguen se presentará una serie de indicios sobre la configuración y el funcionamiento de aquel mundo político compuesto de denuncias periodísticas, arengas públicas y demostraciones callejeras, cuyos contornos sobrepasaban las negociaciones y disputas por el poder entre dirigencias.³ El foco del análisis estará puesto en la ciudad de Buenos Aires porque allí se conjugaban una arraigada trama de prácticas y mecanismos de movilización colectiva (Sabato, 1998) con la dimensión nacional de la escena política tal como se plasmaba en la capital del país. Se mostrará que a comienzos del novecientos se desplegó en la ciudad un complicado juego de equilibrios y tensiones entre la creciente pluralidad de actores y públicos (sus intereses, reclamos y expectativas) y la configuración un mundo político compartido por todos ellos en el marco del cual se articulaba un lenguaje común

³ Para pensar la existencia de un espacio –a la vez físico y conceptual– donde se articulaban actores, ámbitos y formas de participación resulta muy inspirador el trabajo de Pablo Piccato (2015) sobre la vida política en la Ciudad de México a fines del siglo XIX.



de confrontación práctica y simbólica con el gobierno y de cuestionamiento a la manera en que Roca ejercía el poder.

El recuerdo del Noventa

El primero de esos indicios es la gravitación que poseía el recuerdo del Noventa, pero no como una simple evocación, sino como un recuerdo operativo que orientaba discursos e impulsaba acciones. A principios de los años noventa, luego de la derrota del levantamiento de la Unión Cívica, la noción de “revolución inconclusa” había alentado una vertiginosa escalada de agitación política y armada que tuvo que ser contenida mediante una fuerte represión (Gallo, 2013). Persistió la aspiración pública de que los responsables de la crisis económica, la corrupción administrativa y el atropellamiento de las instituciones rindieran cuenta, incluso ante la justicia, por los desmanejos y abusos cometidos (Navajas y Rojkind, 2024). En el novecientos, aunque había transcurrido ya algún tiempo y la experiencia de la revolución no era por lo tanto inmediata, se extendía un ambiente, un conjunto de impresiones, según el cual la coyuntura se asemejaba cada día más a las circunstancias que en 1890 habían desembocado en la crisis y en la rebelión armada. El periodismo sostenía, en general, que la “tirantez económica”, la “prepotencia oficial” y la “opresión política” daban cuenta de una “reincidencia tan temeraria como antipatriótica”, cuya manifestación más reveladora era la “fatalidad” de la vuelta de Roca al poder. Por eso, “la bandera del Noventa seguía flameando” y no sólo como un emblema, sino como el impulso necesario para que se condensaran efectivamente las “energías populares” y emprendieran cuanto antes la “guerra sin cuartel contra el oficialismo”.⁴

En el marco de ese relato que postulaba que el “régimen gubernativo actual” era la “reproducción exacta” del que había suscitado “reivindicaciones heroicas” una década atrás, se conmemoró en julio de 1900 el décimo aniversario de la Revolución del Parque. A pesar de la desarticulación que sufría entonces la Unión Cívica Radical (UCR), principal fuerza opositora del PAN y autoproclamada heredera de las banderas del Noventa, el mitin convocado para

⁴ *La Prensa*, Buenos Aires, 26/07/1900, p. 3; *El Diario*, Buenos Aires, 23/07/1900, p. 1; *El Tiempo*, Buenos Aires, 02/07/1901, p. 1; *El Pueblo*, Buenos Aires, 03/07/1901, p. 1. Se consideraba que Roca había sido el artífice de la candidatura de Miguel Juárez Celman como su sucesor en 1886 y que, en consecuencia, era responsable de los desaciertos y excesos de la administración juarista. Por otra parte, en el cambio de siglo el país enfrentaba una situación económica complicada que, aunque sin llegar a la gravedad de lo ocurrido en 1890, demoraba la recuperación que recién iba a acelerarse a partir de 1902 (Gerchunoff, Rocchi & Rossi, 2008, pp. 281-285).



la ocasión alcanzó “proporciones colosales”.⁵ Parecen haberse puesto en funcionamiento todos los dispositivos y los rituales que habían caracterizado a las conmemoraciones de la revolución en la década de 1890 (Reyes, 2022, pp. 101-136). Se constituyó una junta organizadora conformada por “personas conocidas” y dirigentes vinculados con la Unión Cívica y con el radicalismo.⁶ En los barrios, incluso los más apartados y populares, se realizaron concurridas asambleas donde se confundían vecinos y militantes de los antiguos clubes parroquiales de la UCR. Estudiantes de las facultades y de los colegios nacionales efectuaron también reuniones preparatorias para agitar la propaganda a favor del mitin. El día del acto las columnas llegadas desde las diferentes parroquias confluyeron en la Plaza de Mayo, para marchar desde allí, con banderas enlutadas, coronas y las características boinas blancas, hasta el Cementerio de la Recoleta. Los manifestantes formaban “una compacta masa humana”. Desde los balcones de la calle Florida las “damas” les arrojaban flores. Si bien el carácter multitudinario del acto puede ser visto como un signo del dinamismo que, incluso en un contexto de crisis y disgregación interna, conservaban tanto las redes como la identidad partidaria, se infiere que el apoyo popular que conquistó la conmemoración en aquella oportunidad se alimentaba asimismo de las insistentes referencias a una situación que, se decía, replicaba las condiciones que habían llevado al estallido del Noventa. En el cementerio, ante el monumento a los “mártires” del alzamiento, los discursos de los oradores se ocuparon de reforzar el diagnóstico según el cual, habiendo transcurrido diez años desde entonces, resultaba igual de apremiante la necesidad de “sacudir el indiferentismo” frente a “la triste actualidad política y financiera”.⁷

Ese sentido de reiteración del Noventa en el presente se tornó aún más explícito al año siguiente, en 1901, cuando la conmemoración de un nuevo aniversario de la revolución reflejó el impacto de una protesta de inusitada magnitud que, tan sólo unos días antes, había sumido a la ciudad en un auténtico caos. A principios del mes de julio la movilización en contra de un proyecto financiero del gobierno de Roca –la denominada unificación de la deuda externa– había derivado en violentos incidentes y enfrentamientos callejeros (Rojkind, 2006). Estudiantes universitarios y “grupos de pueblo” habían atacado con piedras, palos y disparos la casa del presidente, la del senador oficialista Carlos Pellegrini y las imprentas de los diarios que respondían a ambos. Con la autorización del Congreso, el Poder Ejecutivo declaró el estado de sitio en la capital. Es posible

⁵ Las crónicas señalan varios miles de asistentes: *La Prensa*, 06/08/1900, p. 5; *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 11/08/1900. Desde 1897 la UCR se encontraba dividida y desarticulada en su estructura partidaria (Alonso, 2000, pp. 264-281).

⁶ Entre ellos, Carlos Zuberbühler, Marcelo T. de Alvear, Delfor del Valle, Martín Torino, Domingo Demaría, Mariano Calvento, Eleodoro Lobos, Rodolfo Rivarola, José Arévalo, Emilio Solari, Carlos Vega Belgrano.

⁷ *La Prensa*, 06/08/1900, p. 5. Sobre la resistencia de los vínculos y la identidad radical después de la desorganización partidaria de 1897, ver Reyes (2022, pp. 137-176).



intuir la tensión que conllevaba la conmemoración del alzamiento armado mientras las calles más céntricas acababan de ser el escenario de demostraciones fuertemente opositoras y tumultos de todo tipo. El acto tuvo que ser pospuesto, de hecho, hasta el levantamiento del estado de sitio y recién se efectuó el domingo 25 de agosto. Nuevamente fue multitudinario e incluyó el mismo despliegue de rituales y símbolos de la identidad radical. Pero en esta ocasión se hizo todavía más explícito el doble propósito que lo inspiraba: “honrar la memoria de los caídos en la revolución de Julio, al mismo tiempo que exteriorizar una enérgica protesta contra la situación política actual”. Los discursos fueron también más enfáticos en cuanto a trazar paralelismos entre ambas coyunturas. El dirigente radical Delfor del Valle aseguró que, como en el Noventa, los ciudadanos estaban privados del voto y sometidos a exacciones e impuestos ruinosos cuya única finalidad era sostener los gastos desmedidos de una administración corrupta. Otro de los oradores, Herminio Quirós (también vinculado con el radicalismo), señaló que, así como la “gran asamblea del Frontón” (en referencia al mitin inaugural de la Unión Cívica, en abril de 1890) había llevado al estallido de la rebelión armada, la movilización actual tenía forzosamente que derivar en “algo práctico y eficaz que arrancara de raíz este régimen oprobioso”. Los discursos concluyeron entre vivas a la revolución y gritos hostiles al presidente Roca. La demostración se disolvió en medio de un –según *La Prensa*– “inexplicable despliegue policial” que incluyó el refuerzo de la vigilancia en la Casa de Gobierno y en el domicilio de Roca.⁸ También en ese aspecto, el de la disputa por el control del espacio urbano, la protesta contra la unificación había dejado su marca en la ciudad.

De hecho, durante aquella protesta habían surgido reiteradas alusiones al Noventa. El gobierno y sus voceros agitaron el fantasma de la insurrección armada y acusaron a la oposición de alentar “un sacudimiento revolucionario” para provocar “el derrocamiento de los poderes actuales”.⁹ Pero el espectro –y, en algunos casos, el anhelo– de la revolución circuló asimismo a través de otros canales, especialmente del lenguaje de la acción que se desplegó en las calles. Los jóvenes asumieron el papel protagónico. Se realizaban durante esos mismos días trabajos para la organización de un denominado Partido de la Juventud, de clara impronta opositora. Ese movimiento convergió con la protesta que se gestaba en las facultades (especialmente en Derecho) contra el plan financiero del gobierno. El lunes 1 de julio, la asamblea inaugural del Partido de la Juventud concluyó con una manifestación improvisada que pretendió llegar

⁸ *La Prensa*, 26/08/1901, p. 5; *La Nación*, 26/08/1901, p. 5; *Caras y Caretas*, 31/08/1901. El 1 de julio se había realizado un mitin también muy concurrido en homenaje a Alem (Reyes, 2022, p. 141).

⁹ *El País*, 04/07/1901, p.5; *Tribuna*, 05/07/1901, p. 1. También, declaraciones de Pellegrini durante el debate parlamentario en el que se autorizó la imposición del estado de sitio, *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores del Congreso Nacional*, 04/07/1901, p. 108.



hasta la casa del presidente Roca al grito de “viva el pueblo” y “viva la revolución”. Dos días después, los estudiantes universitarios efectuaron un mitin para hacer entrega en el Congreso de una solicitud exigiendo que no se aprobara el proyecto de unificación, al que consideraban no sólo dañino para los intereses del país sino lesivo del “honor nacional” a causa de las condiciones pactadas con los acreedores extranjeros. A partir de entonces se sucedieron las demostraciones más violentas y también las referencias a una eventual renuncia presidencial. “Desde unos balcones de la esquina de Alsina y Perú se arrojaron papelitos que decían: ‘Voz de orden: que renuncie’, palabras que fueron repetidas después a una sola voz por todos los manifestantes”.¹⁰

La memoria de las circunstancias en las que, en medio del descrédito y la impopularidad, Miguel Juárez Celman había tenido que abandonar el gobierno volvía así bajo la forma de las consignas coreadas “de día y de noche por grupos de gente dando muertas al Gobierno y cantando *ya se irá*, como el año 90 cantaban *ya se fue*” (Ramos Mexía, 1939, p. 213). Amplificado y exagerado, operaba el recuerdo de Buenos Aires como escenario de la revolución, como espejo del entusiasmo pero también de la aprensión que podían provocar “una multitud en las calles, el sonido de las ambulancias abriéndose paso entre la muchedumbre, los bomberos armados custodiando la casa del Presidente, y muchas familias atemorizadas que huían hacia las afueras de la ciudad”.¹¹ No se produjo en julio de 1901 un estallido revolucionario, no había posibilidad de que eso aconteciera. Sin embargo, el gobierno recurrió a medidas extremas para frenar la protesta (la declaración del estado de sitio en la capital y el despliegue de fuerzas militares en los alrededores de la Plaza de Mayo) y además tuvo que retirar el cuestionado proyecto de su tratamiento en el Congreso. La prensa opositora no dudó en proclamar el triunfo de una “revolución” que, aunque “sin armas”, replicaba la agitación que en 1890 había llevado, en pocos días, de la derrota de la rebelión de los cívicos a la renuncia del presidente Juárez Celman. Igual que entonces, se afirmaba, el pueblo recuperaba el protagonismo que le correspondía y se lanzaba a la “reconquista” de sus derechos vulnerados.¹²

¹⁰ Pueden consultarse las crónicas publicadas en *La Prensa*, 02 al 04-07-1901. A mediados del mes de junio, el Poder Ejecutivo había presentado el proyecto de reestructuración de la deuda externa para su tratamiento en el Congreso. Rápidamente el Senado lo había aprobado, pero faltaba la sanción de Diputados. Por eso a principios de julio los estudiantes se organizaron para presentar ante los legisladores una solicitud instando al rechazo del proyecto. Silvestre Blousson, uno de los líderes de la movilización universitaria, es señalado asimismo como integrante del flamante Partido de la Juventud.

¹¹ *The Buenos Aires Herald*, Buenos Aires, 04/07/1901, p. 5. Resonaba el eco del estado de incertidumbre y miedo que había invadido la ciudad en 1890, cuando las fuerzas revolucionarias y las tropas gubernamentales combatían en las inmediaciones del Parque de Artillería. Al respecto, véase Navajas y Rojkind (2021). Acerca de las circunstancias en las que, a pesar del fracaso del alzamiento de la Unión Cívica, el presidente Juárez Celman se había visto forzado a renunciar, ver Alonso (2000, pp. 91 y 92).

¹² *La Prensa*, 31/07/1901, p. 4.

Los gobernantes “corrompidos”

En el mundo político del novecientos ocupaban un lugar primordial las impugnaciones contra los gobernantes señalados como corruptos, ineficientes y autoritarios. Como es sabido, la acusación de corrupción englobaba varios sentidos: las imputaciones por irregularidades administrativas, prebendas y enriquecimiento ilícito de los funcionarios, pero también los reclamos por fraude electoral, distorsión de las instituciones republicanas e incumplimiento de los principios constitucionales (Gayol, 2008, p. 86). Las denuncias de corrupción habían sido un elemento central a comienzos de los noventa para activar primero la oposición contra el gobierno de Juárez Celman y para sostener después la exigencia de la “vindicta pública” de los supuestos delitos cometidos durante su gestión, es decir, que fueran juzgados y condenados los supuestos responsables (Navajas y Rojkind, 2024). En el novecientos y en el contexto del regreso de Roca al poder, la sombra de la corrupción seguía proyectándose sobre el debate público, amplificada además por el prisma del escándalo, que conectaba las objeciones sobre las cualidades morales de los dirigentes con el señalamiento de las deficiencias del sistema político (Romero, 2019).

En el caso ya mencionado de la controversia desatada por el “affaire” –así lo llamaba *La Prensa*– de la unificación de la deuda externa, en julio de 1901, la campaña periodística apuntó contra los “procedimientos mañosos” y las “negociaciones clandestinas” que, se afirmaba, habían precedido al arreglo con los acreedores extranjeros. Se acusaba al gobierno de Roca de pretender ocultar las condiciones pactadas con el “sindicato de banqueros europeos”, especialmente, la cláusula que asignaba los ingresos aduaneros como garantía de la operación financiera. Cuando el Senado le otorgó media sanción al proyecto enviado por el Ejecutivo, el periodismo le recriminó ser un cuerpo “inerme, sin voluntad”, sometido a los designios del presidente.¹³ En diciembre de ese mismo año se desplegó una nueva protesta, esta vez demandando la adopción de una política de “mano firme” frente a las supuestas aspiraciones expansionistas de Chile. La tensión por el diferendo limítrofe entre los dos países había aumentado hasta hacer prever el estallido de un conflicto bélico. A último momento, sin embargo, se alcanzó un acuerdo que permitió frenar la escalada. La prensa opositora le reprochó entonces al gobierno su “blandura”, por haber retrocedido “ante la arrogancia chilena”. Según ese discurso, lo escandaloso era

¹³ *La Prensa*, 19/06/1901, p. 3. Se pueden consultar las notas publicadas durante el mes de junio en *La Prensa*, *La Nación*, *El Diario* y *El Tiempo*. Sobre los términos de la negociación con los acreedores para la reestructuración de la deuda externa y, en particular, el tema de la garantía ofrecida por el gobierno argentino, ver Gerchunoff, Rocchi & Rossi (2008, pp. 281 y 282). Acerca de las críticas e imágenes de la actividad parlamentaria en estos años del cambio de siglo: Castro (2019).



no sólo la renuncia de las autoridades argentinas a resguardar los intereses nacionales, sino también la burla de la que habían sido objeto quienes, con actitud “viril” y “desinteresada”, se habían movilizado en defensa del “patriotismo herido” mientras en las esferas gubernamentales se concertaba con el “enemigo”. La referencia era, en particular, a los estudiantes universitarios, que habían salido nuevamente a las calles, esta vez al grito de “guerra, guerra”, pero luego del arreglo pactado entre las diplomacias de ambos países fueron contenidos “machete en mano” por la policía.¹⁴

La idea del engaño volvió a aparecer hacia el final de la presidencia de Roca, cuando la definición del candidato para sucederlo en el gobierno dio lugar a un nuevo movimiento de protesta. Debilitado por divisiones internas, el partido gobernante convocó en octubre de 1903 a una denominada “Convención de Notables” con la expectativa de negociar en ese marco la candidatura del oficialismo para las elecciones presidenciales del año siguiente. El objetivo era asegurar el control de la sucesión, pieza clave en el engranaje político que prolongaba la hegemonía del PAN (Castro, 2012, pp. 112-129). La iniciativa fue catalogada por el periodismo crítico como una “confabulación oficial” orquestada por la “casta gobernante” con el único propósito de falsear la voluntad popular para evitar que fuera su veredicto libremente expresado en las urnas–y no el “juego electoral” de unos cuantos “saltimbanquis políticos”– el que decidiera sobre el futuro de la república. La movilización que siguió a aquellas denuncias (actos y demostraciones callejeras protagonizadas una vez más por los estudiantes y reprimidas por las fuerzas de seguridad) reiteró el motivo de la trampa, del artificio, al señalar la existencia de una “conspiración liberticida, fraguada entre las sombras palaciegas” por los “delincuentes de la política argentina”, que pretendían “erigirse en tutores del pueblo y en árbitros supremos de sus destinos”.¹⁵ En estos tres ejemplos se observa que la moralidad de los gobernantes era puesta seriamente en cuestión a través de denuncias escandalosas (sobre oscuros negociados financieros, defecciones vergonzosas o ardides mezquinos) que hacían a su conducta, pero que apuntaban también, más en general, contra el funcionamiento de un sistema político basado –según esas mismas acusaciones– en el personalismo, la concentración de poder y la manipulación electoral.

Las críticas se condensaban en la figura de Roca, presentado como el principal responsable de todos los males que pesaban sobre la realidad económica, social y política del país (De Vedia, 1954, p. 41). En algunas oportunidades emergían otros responsables asociados: ministros cuestionados por las reformas que

¹⁴ *La Prensa*, 02, 04, 20, 21, 24 y 27/12/1901, p. 5; *Caras y Caretas*, 21 y 28/12/1901. Sobre la escalada del conflicto limítrofe con Chile a fines del siglo XIX y en el tránsito al XX, ver Rocchi (2011, pp. 126-132).

¹⁵ Manifiesto difundido por los estudiantes, en *La Prensa*, 24/07/1903, p. 5. También *La Prensa*, *La Nación* y *El Tiempo*, 9 al 13/10/1903.



pretendían implementar (Osvaldo Magnasco en el caso de la educación, Pablo Ricchieri en el de las fuerzas armadas), o Carlos Pellegrini, quien desde su cargo de senador nacional condujo en 1901 las tratativas con los acreedores extranjeros para acordar la unificación de la deuda y dirigió la discusión del proyecto de ley en el Congreso. Sin embargo, predominaba la visión de que los hilos del poder los manejaba Roca, que él era “el único que piensa y quiere”, y que todas las instituciones de la república –empezando por el Congreso– se hallaban sujetas a su “voluntad sin límites”.¹⁶ Se enlazaban así una serie de acusaciones contra Roca: la falta de legitimidad de su elección que había sido, según esto, resultado del fraude; la incapacidad de su gobierno para resolver los problemas concretos que, se decía, aquejaban a la sociedad (el deterioro de la situación económica, las deficiencias del régimen educativo, el “malestar obrero”, la debilidad de las fuerzas armadas, etc.); las tendencias autoritarias que se advertían sobre todo en relación con la cuestión política (la manipulación del sufragio, la represión de reclamos y protestas). Todos esos inconvenientes eran, según ese diagnóstico, consecuencia del sistema roquista de gobierno que “procura matar las energías vitales de la Nación, para que prevalezca el influjo de un solo individuo”. De esa acumulación de inculpaciones resultaba una imagen dual de Roca: por un lado, como enfermo de “sonambulismo”, “divagación” e “indiferencia por la suerte de la República”; por el otro, objeto de “un delirio persecutorio” que le hacía ver “fantasmas tumultuarios” en las demostraciones populares y lo llevaba a tomar medidas para “acallarlas por la fuerza”.¹⁷ Un presidente que aparecía a la vez como indolente y autoritario.

Más allá de las denuncias periodísticas, los actos y las manifestaciones en las calles brindaban una plataforma especialmente propicia para que las acusaciones contra el gobierno y contra Roca en particular se amplificaran. Es posible advertir, al respecto, un aumento progresivo de las muestras de animosidad popular. Cuando se cumplía el primer año del mandato de Roca, se realizaron en la capital dos grandes mítines para reclamar contra la política fiscal del gobierno. Primero marcharon los comerciantes (encabezados por los principales importadores) para exigir la disminución de los aranceles que gravaban la introducción de artículos extranjeros. Unas semanas después se movilizaron los industriales (nucleados en la Unión Industrial Argentina, UIA) para pedir, por el contrario, que se garantizara la protección de la producción manufacturera local. Las dos demostraciones fueron muy numerosas, con miles de manifestantes, especialmente la de la UIA, que aprovechó la ocasión para exhibir en las calles a “legiones de obreros” (hombres, mujeres y niños) que

¹⁶ Discurso de Mario Carranza, referente del mencionado Partido de la Juventud, reproducido en *La Prensa*, 02/7/1901, p. 5.

¹⁷ *La Nación*, 29/06/1899, p. 5; *La Prensa*, 12 y 13/07/1899, p. 3; *El Diario*, 03/07/1901, p. 1.



trabajaban en los talleres y fábricas de la ciudad.¹⁸ En ambas oportunidades, Roca apareció en el balcón de la Casa de Gobierno para dirigirse a la multitud. La prensa criticó que hubiera pronunciado “vaguedades que no satisficieron a nadie”, discursos inconsistentes en los que a cada parte (el comercio o la industria) le prometía “este mundo y el otro”. No se produjeron disturbios en ninguno de los dos casos, pero sí se registraron algunas escenas que llaman la atención. El día del mitin de los comerciantes, un grupo de personas se ubicó desde temprano en la puerta de la Casa Rosada. Cuando la manifestación comenzaba a disolverse (después de haber entregado una petición en el Congreso contra la “tiranía fiscal” del gobierno) desde ese grupo se hicieron algunas aclamaciones a favor del mandatario. Según las crónicas periodísticas, esos aplaudidores habían sido ubicados estratégicamente allí con la consigna de vivir a Roca cuando éste se asomara al balcón. Durante la demostración de los industriales, en tanto, los vivas de la multitud (compuesta por una “cantidad inmensa de obreros”) fueron débiles y aislados, a pesar de que el presidente reconoció en su alocución que la industria nacional era una “fuerza poderosa” cuya continuidad los poderes públicos debían garantizar.¹⁹

Con el transcurso de la gestión, otros actos de presencia de Roca frente a los manifestantes dieron lugar a circunstancias diferentes. En agosto de 1901, en una iniciativa motorizada por el Partido Socialista, miles de trabajadores desocupados se movilizaron a la Plaza de Mayo para solicitar a las autoridades que atendieran “con premura [...] la angustiosa situación” que estaban atravesando. El presidente recibió en el balcón a los delegados socialistas que encabezaban el mitin y pretendió dirigir unas palabras a la demostración. Sin embargo, una “ensordecidora tempestad de silbidos” lo obligó a retirarse apresuradamente.²⁰ Al año siguiente, una nueva protesta de los trabajadores tomó otra forma y otro tono, se organizaron mitines simultáneos en distintos barrios de la ciudad, pero no ya como una solicitud dirigida al gobierno sino como una “expresión de agravios”: “no queremos pedir a nadie, porque no se nos atiende en ninguna parte”, sostenía el manifiesto de los organizadores. En el acto principal, el socialista Alfredo Palacios retomó esa consigna y señaló directamente a Roca:

(...) el obrero y el pueblo en general deben acompañarnos, no a pedir, como se hizo hace un año, en una manifestación de desocupados que llegó hasta el Presidente de la República, el funcionamiento de una oficina de trabajo y la reglamentación de las ocho horas diarias, sino a protestar por la mala fe de

¹⁸ Sobre los “mitines antagónicos”, como los llamó la prensa, se pueden consultar las crónicas de *La Prensa*, *La Nación* y *El Tiempo*, 29/06/1899 y 27/07/1899.

¹⁹ El texto del discurso de Roca fue publicado por el *Boletín de la UIA*, 20/08/1899, p. 3.

²⁰ *La Prensa* y *La Nación*, 13/08/1901, p. 5; *Caras y Caretas*, 17/08/1901. Sobre el mitin de los obreros desocupados: Rojkind (2008/9).

*que dio prueba ante 5.000 obreros el jefe del Estado, que prometió y no cumplió.*²¹

Una variación de esa interacción fracasada había tenido lugar meses atrás, en diciembre de 1901, cuando grupos de estudiantes enardecidos recorrían las calles del centro de la ciudad con banderas argentinas, mientras el estallido de un conflicto armado con Chile parecía inminente. Los jóvenes se congregaron en la Plaza de Mayo para entonar el himno nacional y a continuación marcharon a la residencia particular de Roca. El presidente los recibió subido a “una silla en ademán de hablar”, pero sin lograrlo “porque los gritos atronadores lo hacían imposible”. Los manifestantes resistían la búsqueda de una salida negociada, “¡vamos de una vez a la guerra!”, exigían.²² La tensión se expresó de un modo mucho más palpable en otras oportunidades. Para empezar, la movilización en repudio de la unificación, en julio de 1901. Los abucheos contra el presidente, los cánticos a favor de su renuncia, los asaltos a su domicilio y a su diario, evidenciaron claramente cuál era el objeto de repudio de la multitud. Los grupos compuestos por estudiantes y “pueblo” atacaron también, entre insultos a la prensa “claudicadora y mistificadora”, las imprentas de *Tribuna* y del pellegrinista *El País*. Se produjeron asimismo incidentes frente a la residencia de Pellegrini. Dos años después, en octubre de 1903, los manifestantes que rechazaban la reunión de la Convención de Notables que iba a designar al sucesor de Roca intentaron llegar nuevamente hasta su casa y a la del candidato “ungido” por la aquella asamblea, Manuel Quintana, pero se los impidió el fuerte operativo policial dispuesto especialmente para la ocasión.²³ La interacción, aunque tensa y con interferencias, entre el presidente y la multitud no parecía una alternativa viable. En su lugar, se desplegaba, como se verá a continuación, una contienda medular entre la “opinión pública” y la “oligarquía gobernante”.

“Las iras de la opinión”

El antagonismo entre la “opinión independiente y sana”, de un lado, y la “oligarquía sensual e inepta”, del otro, se constituyó en el centro del relato y de la dinámica de la política en esos años. Ése era, de hecho, el eje alrededor del cual funcionaba el mundo político del novecientos. La noción de “opinión pública” remitía a la facultad del pueblo soberano para juzgar y controlar a quienes ejercían el poder en su nombre (Sabato, 2018, cap. 4). Pero había algo

²¹ *La Prensa*, 04/08/1902, p. 5. En 1902, los mítines de desocupados fueron organizados por la Federación Obrera Argentina (FOA), creada el año anterior como producto de un acuerdo –frágil– entre socialistas y anarquistas (Lobato, 2000, p. 491).

²² *La Prensa*, 20/12/1901, p. 5.

²³ *La Prensa*, 04/07/1901, p. 5; *El Tiempo*, 12/10/1903, p. 1; *La Prensa*, *La Nación*, *El País* y *Tribuna*, 13/10/1903.



más: no se trataba sólo de dictaminar sobre el proceder de los gobernantes, sino de forzarlos a corregir el rumbo y a retroceder cuando se tomaban decisiones supuestamente erradas (Rojkind, 2026). ¿Quiénes aparecían encarnando a esa “opinión protestante” en la ciudad del novecientos? En primer lugar, los universitarios, la “juventud estudiosa”. En los comentarios y análisis de la prensa los jóvenes eran presentados como la “vanguardia”, el motor, de la opinión. Se recalcaban la “nobleza de su propósito” y su “actitud desinteresada”. Y se trazaba una genealogía que conectaba directamente con el antecedente de la Unión Cívica de la Juventud en 1889 (Alonso, 2000, p. 79).²⁴ Las crónicas muestran que, efectivamente, los estudiantes actuaron en muchos casos como la representación de la opinión pública. La principal motivación que los impulsaba era la “defensa del honor nacional”, vulnerado –según alegaban– por decisiones gubernamentales erróneas o perjudiciales. Con ese argumento se movilizaron en el invierno de 1901 para objetar las “cláusulas humillantes” del contrato de reestructuración de la deuda externa que negociaba la administración roquista y de nuevo en diciembre de ese año para reprobar la supuesta inacción del gobierno argentino frente a la “política artera y expansiva de Chile”. Cuando en 1903 el PAN se valió del mecanismo de la Convención de Notables para definir la sucesión de Roca, fueron otra vez los estudiantes quienes convocaron a la reacción popular, porque no era posible –afirmaban– dejar la dirección de los asuntos públicos en manos de “los mismos que arruinaron las finanzas y corrompieron las instituciones” del país.²⁵

En los diversos episodios que protagonizaron, los universitarios pusieron en juego un amplio abanico de intervenciones que iban desde la realización de reuniones y asambleas, pasando por la redacción de petitorios y la recolección de firmas, hasta los mítines y demostraciones públicas que, en más de una oportunidad, derivaron en desórdenes callejeros y enfrentamientos con la policía. Hay reiterados testimonios sobre la participación activa de los estudiantes (no sólo de la universidad sino también de los colegios secundarios de la ciudad) en los tumultos, incluso los más violentos, pero se deduce igualmente de esos mismos relatos que en torno suyo se congregaba un universo más amplio e indefinido de gente, que incluía a “muchachos”, “pilletes andrajosos” y “grupos de pueblo”. Las crónicas hablan de la “multitud de descontentos” que agrandaba las columnas estudiantiles que se manifestaban en las calles porteñas.²⁶

La Universidad, fundamentalmente la Facultad de Derecho, funcionó como ámbito de politización y de articulación de una trama de vínculos y referencias

²⁴ *La Prensa*, 23/06 y 03/07/1901, p. 5; *La Nación*, 25/06/1901, p. 4. Sobre aquella primera experiencia de politización universitaria, ver Navajas (2019).

²⁵ *La Prensa*, 21/07/1903, p. 8.

²⁶ *La Prensa*, 04 y 31/07/1901, p.4.



que sostenía la movilización estudiantil. Alumnos, jóvenes graduados y profesores compartían ese espacio en el que circulaban discursos, documentos y debates sobre diversos temas que hacían a la actualidad del país. En julio de 1901 la agitación contra la unificación se nutrió, en gran medida, de las consideraciones formuladas por José Terry –titular de la cátedra de Finanzas– en una clase magistral que, significativamente, llevó por título “Vendiendo la honra pública”. El texto de la petición con que los estudiantes solicitaban a los diputados el rechazo del proyecto financiero fue redactado por Carlos Rodríguez Larreta, profesor de Derecho Constitucional. Las demostraciones a favor de la guerra con Chile, a fines de ese mismo año, coincidieron con la creación de la Liga Patriótica Argentina, cuyo principal promotor y presidente era Estanislao Zeballos, influyente publicista, jurista, redactor del diario *La Prensa* y, asimismo, profesor universitario. En 1903, la protesta contra la Convención de Notables se produjo mientras en la ciudad tenían lugar una serie de conferencias políticas dictadas por destacados dirigentes, entre ellos, Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza, a las que asistieron, entre el público, numerosos estudiantes.²⁷ Esa difusión de diagnósticos políticos (en su mayoría críticos del régimen del PAN) otorgaba argumentos para una movilización que, por otra parte, parece haberse montado sobre una serie de canales de organización que operaban simultáneamente en el ámbito universitario. Las transformaciones que empezaba a experimentar la Universidad estimulaban la formación de centros de alumnos en las facultades y alimentaban reclamos tanto académicos como gremiales (Buchbinder, 2022). La dinámica de la protesta estudiantil se confundía y se articulaba con la movilización de carácter político. Por otro lado, es válido suponer que la radicalización de los estudiantes se producía también en otros espacios que los nucleaban y que poseían una connotación política más o menos explícita: las redacciones de los diarios (donde colaboraban jóvenes cronistas y reporteros), como asimismo las secciones juveniles de las nuevas agrupaciones partidarias que irrumpían en un escenario político cada vez más fragmentado. Las crónicas muestran que los universitarios participaron en las actividades de la recientemente creada Liga Patriótica Argentina: actos públicos, campañas de recaudación, firma de solicitudes y, también, ejercicios de entrenamiento militar en clubes y asociaciones de tiro. El discurso nacionalista de la Liga,

²⁷ Sobre las conferencias políticas realizadas en 1903, véase *La Prensa*, 08/10 y 01/11/1903, p. 5. Victorino de la Plaza pronunció en el Teatro Odeón una disertación sobre “la situación política y económica”. Días después, dos “humildes estudiantes de derecho” le dirigieron una carta comentándole que habían escuchado su conferencia, “empapándonos de verdades que han vivificado nuestro civismo dormido”. *Archivo General de la Nación*, “Fondo Victorino de la Plaza”, Legajo núm. 398, f. 298. En cuanto a la conferencia de Roque Sáenz Peña, antes de que se efectuara, Ezequiel Ramos Mexía preveía que “todos los oyentes” habrían de “gritar mueras” contra Roca. *Academia Nacional de la Historia de la República Argentina*, “Fondo Roque Sáenz Peña”, Carta de Ramos Mexía de Sáenz Peña, Buenos Aires, 31 de octubre de 1903, Caja núm. 21, f. 214.



vehementemente crítico de la política exterior de Roca, incitó las movilizaciones pro-bélicas en las que los estudiantes tomaron parte con gran entusiasmo.²⁸

De modo entonces que, en las narraciones periodísticas pero también en su propia actuación, los jóvenes (especialmente los estudiantes) aparecían conduciendo a la opinión que protegía el honor nacional y que aseguraba la integridad de la república y de sus instituciones. No obstante, la concepción de opinión pública que operaba en la dinámica política del novecientos era más amplia y abarcaba, en realidad, a todos aquellos sectores que podían ser vistos o reconocerse como afectados por el ejercicio que del poder hacían el presidente Roca y “sus coparticipes en el gobierno”. Los diarios, empezando, en realidad, por *La Prensa* (como ya se dijo, el más moderno y preponderante en el campo periodístico durante esos años), desarrollaban un complejo trabajo de construcción e interpretación de las noticias cuyo principal resultado era la cristalización de una fórmula según la cual todos los conflictos que surgían en el escenario político se reducían finalmente al enfrentamiento entre las “fuerzas de la opinión”, que reclamaban a los poderes públicos por diversas causas (siempre justificadas), y una “oligarquía” –o “casta”– sólo preocupada por sostener sus “presupuestos fastuosos” y perpetuar su dominio en “una sucesión sin término”.²⁹ Esa noción de opinión pública englobaba, por supuesto, a la “juventud estudiosa” movilizaba en resguardo del honor nacional, pero también a los comerciantes que pedían una disminución de los impuestos, a los industriales que, por el contrario, exigían mayor protección arancelaria, a las agrupaciones políticas que reclamaban libertad electoral, a los trabajadores que –organizados por socialistas, anarquistas o grupos católicos– protestaban por las condiciones sociales y laborales.

El periodismo acompañó en general iniciativas como la de los Círculos de Obreros católicos, que una vez al año marchaban en peregrinación religiosa a la basílica de Luján y luego en corporación a la Casa de Gobierno para solicitar “buenas leyes y eficaces reglamentaciones que aminoren la pésima situación” de la población trabajadora.³⁰ Respaldó igualmente los mítines de desocupados que, como ya se mencionó, impulsaba el Partido Socialista. Pero incluso cuando la conflictividad tomó otra dimensión y las acciones de los trabajadores

²⁸ Sobre las prácticas de tiro en el marco de las movilizaciones pro-bélicas, ver la crónica de *Caras y Caretas*, 28-12-1901. Acerca de la creación de la Liga Patriótica en diciembre de 1901, Mc Gee (2003, p. 49).

²⁹ *La Prensa*, 04/06/1903, p. 4. Ariel Rodríguez Kuri (2010, p. 38) emplea la noción de “trabajo político” de los diarios en su análisis sobre el periódico mexicano *El Imparcial*, a fines del siglo XIX. Ese trabajo político no implicaba un plan sistemático y preconcebido, pero sí el trazado de determinadas líneas argumentales y el énfasis sobre temas o debates que pudieran resultar controvertidos para el gobierno.

³⁰ *El Pueblo*, 01/10/1901, p. 1; *La Prensa*, 30/09/1901, p. 5. Sobre la intervención de grupos católicos en el mundo del trabajo y la creación en la década de 1890 de los Círculos Obreros, ver Mc Gee (2003, pp. 60-62).



organizados terminaron alterando el mantenimiento del orden público en la ciudad, hubo algunas voces de peso (fundamentalmente la de *La Prensa*) que apoyaron los reclamos obreros y cuestionaron, en cambio, la represión estatal. A fines de 1902, lo que empezó como una huelga de trabajadores del puerto de Buenos Aires se transformó en una contienda de excepcional duración y magnitud –una huelga general, declarada por la FOA– que colocó al gobierno frente a una prueba inédita y condujo a la adopción de medidas represivas inusualmente duras: la declaración del estado de sitio (en el marco del cual se produjeron detenciones, se clausuraron locales y diarios obreros) y la sanción de la Ley de Residencia, que habilitaba la expulsión del país de los extranjeros acusados de actividades subversivas (Suriano, 1989; Hora, 2024). *La Prensa* rechazó la aplicación de esas medidas “draconianas”, cedió a los huelguistas el uso de los salones de su edificio para las asambleas gremiales y realizó una cobertura extraordinaria acerca de las “injusticias” sufridas por los militantes – en su mayoría anarquistas–deportados (Rojkind, 2008/9). Esa actitud del diario se inscribía en una mirada según la cual el “malestar obrero” (incluso en sus versiones más extremas) resultaba del “soberano desdén” con que se desatendían “las necesidades y las inspiraciones de la opinión”. La protesta de los trabajadores, antes que un reclamo económico o clasista, era vista como una manifestación más de la dañina combinación de indiferencia y autoritarismo con que procedía el gobierno de Roca. Según esto, los “señores poderosos” oscilaban entre el menosprecio sistemático de las demandas populares y el uso de la fuerza para ahogar la supuesta agitación.³¹ Todos los conflictos eran, en última instancia, políticos porque formaban parte de la contienda irreductible entre la “oligarquía” enquistada en el poder (y encarnada en la figura de Roca) y el “pueblo vilipendiado y despojado” que no sólo resistía sino que tenía la capacidad de generar “terribles oposiciones de eficacia inmediata”. Los gobernantes –corruptos, inoperantes, déspotas– actuaban con “una audacia provocativa de las iras de la opinión”, pero esa “indignación” podía transformarse en una “fuerza avasalladora e indomable que no debían desconocer”.³²

Ciertamente, al hablar del trabajo político de los diarios hay que tomar recaudos. En el novecientos, la relación entre prensa y política era compleja. La intervención de los diarios en el escenario político respondía a determinadas afinidades partidarias o, por lo menos, alineamientos políticos que no es posible ignorar (empezando por el implacable anti-roquismo de *La Prensa*), pero también, y cada vez más, a la necesidad que tenían los integrantes de ese universo periodístico en expansión y diversificación de optimizar sus estrategias

³¹ *La Prensa*, 24/11/1902, p. 3; 01, 05 y 11/1/1903, p. 4.

³² *La Prensa y El Tiempo*, 31/07/1901, p. 1; *La Prensa*, 04/06/1903, p. 4.



de competencia.³³ La invocación a la “opinión pública” y la crítica sistemática del gobierno podían resultar mecanismos eficaces de legitimación y, a la vez, de búsqueda de éxito comercial. La fórmula del enfrentamiento entre la “opinión” y el “oficialismo impúdico” parece haber servido para canalizar diversos descontentos presentes en la sociedad y la política de esos años, sosteniendo así la dinámica de movilización que atravesó la segunda presidencia de Roca. Dicha fórmula se situaba en el núcleo de los cuestionamientos a la representatividad del gobierno, su moralidad y su capacidad de gestión. La categoría de “opinión pública” aglutinaba diferentes reclamos entrelazándolos en torno a un mismo eje vertebrador que les daba sentido, unidad, y los potenciaba. Se expresaba fundamentalmente en la calle, porque era en ese espacio político abierto, flexible (más abierto y flexible que las elecciones controladas), donde coexistían diversos actores con sus múltiples demandas, sus entramados de relaciones y sus formas de organización. En la calle, y más allá de los motivos específicos que las animaban, las demostraciones se volvían un acto de oposición y hasta de impugnación del “gobierno de unos pocos”. Y si, como sucedió con la unificación de la deuda, de ello resultaba el fracaso de una medida oficial “resistida por la opinión”, entonces se leía esa conclusión como un triunfo de la soberanía popular.³⁴ En el origen de esas manifestaciones había, por lo general, redes de articulaciones, más o menos estructuradas, que permitían movilizar a las “masas populares”. Cuando se ponían en marcha, intervenían diferentes agentes con roles predeterminados (las juntas organizadoras, los encargados de mantener el orden de las columnas, los oradores designados), como así también otras figuras que emergían de manera más espontánea e imprevista. No era inusual, por ejemplo, que los manifestantes recorrieran las redacciones de los diarios más importantes (*La Prensa* y *La Nación*), donde el personal los recibía y los redactores más destacados los arengaban con discursos y alabanzas. En ocasiones, surgían disertantes improvisados cuyas participaciones fuera de programa podían resultar más contundentes y belicosas que las oficiales. El 26 de julio de 1903, durante una nueva conmemoración de la Revolución del Parque (muy multitudinaria y significativa, como se verá enseguida), mientras en el interior del Cementerio de la Recoleta hacían uso de la palabra los oradores previamente designados, afuera:

(...) la gran cantidad de ciudadanos que estaban a larga distancia pidieron que hablara el señor Héctor Núñez, secretario del comité del distrito 13 [de la UCR]: ‘nada de huecas declamaciones con tono de púlpito, dijo, (...) estando cerrados todos los caminos que la lógica aconseja para destronizar a los

³³ El diario *La Prensa* experimentaba con estrategias novedosas de apelar a un público diverso y en expansión, combinando exitosamente dinámicas de intervención política y de modernización periodística (Rojkind, 2019). Sobre las transformaciones que atravesaba el mundo de la prensa en el cambio de siglo, ver: Román (2010); Bonuome (2025).

³⁴ *El Tiempo*, 31/07/1901, p. 1; *La Prensa*, 04/06/1903, p. 4.



*encastillados en las fórmulas eternas de la degradación y del vicio, tenemos que caer fatal y necesariamente en manos de la violencia’.*³⁵

Cuando, como sucedió en diferentes momentos, las demostraciones se desbordaban y se producían desórdenes, tumultos y choques con la policía, los encuadramientos también se veían superados y aparecía un espectro más variado e impreciso de gente: los “grupos de pueblo”, según unas narraciones, las “turbas” y los “bajos fondos”, según otras. En el relato de la prensa crítica del gobierno las expresiones de la opinión eran siempre “aplaudibles y respetables”. Los “excesos” se producían, en todo caso, como una reacción frente a la actitud entre displicente y violenta de las autoridades.³⁶ Cada reclamo era legítimo en sí mismo pero, ante todo, era legítima (y necesaria) la acción de la “opinión pública”. Por otra parte, se advierte que las protestas hechas en su nombre –o que podían ser leídas como tales– implicaron en algunos casos un considerable desafío para el gobierno, generaron impensados conflictos políticos e impactaron sobre la dirección de los asuntos públicos a través de, por ejemplo, la decisión de abandonar un proyecto o una medida, la necesidad de implementar respuestas represivas, y también la creciente convicción de que se requería encarar una reforma del sistema electoral para abrir el juego político y asegurar que, en el futuro, la defensa de las distintas opiniones no se hiciera “rompiendo a pedradas los vidrios de una imprenta, ni insultando impunemente a la autoridad y a los adversarios, sino en los atrios, yendo a votar”.³⁷

“En defensa de la democracia”

La preocupación por la democracia–expresada en esos términos– surgió hacia el final del mandato de Roca, cuando se acercaba el momento siempre álgido de la sucesión presidencial, y es el cuarto y último componente del mundo político del novecientos que contempla este análisis. Las elecciones presidenciales se iban a realizar en abril de 1904, bajo la vigencia de una nueva ley electoral que había sido aprobada en diciembre de 1902 y que establecía una serie de dispositivos de apertura controlada de la competencia y de estímulo a la participación, principalmente, el sistema de sufragio uninominal por

³⁵ *La Prensa*, 27/07/1903, p. 5.

³⁶ *La Nación*, 05/07/1901, p. 4.

³⁷ Discurso de Pellegrini, *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores del Congreso Nacional*, 25/07/1901, p. 143. Sobre las marcas que dejaron ciertos episodios en la dinámica política del novecientos, así como los dilemas y las inquietudes que se planteaban para los grupos dirigentes en aquel contexto, véase: Rojkind (2017). En la misma línea, Roy Hora (2024) sugiere que la magnitud de la respuesta represiva que el gobierno de Roca activó frente a la huelga portuaria de 1902 se explica en gran medida por la necesidad de dar una muestra de fortaleza luego de la crisis desatada por la protesta contra la unificación un año atrás.



circunscripciones y cierta racionalización del registro electoral (Botana, 1994, pp. 258-268). El proyecto de reforma electoral fue recibido por la prensa opositora con escepticismo, se sostenía que no era más que una concesión cosmética y demagógica que no solucionaba el problema de fondo, ya que la “máquina oficial” permanecía intacta y el voto popular seguiría siendo suplantado por “la habilidad o la audacia de unos pocos”.³⁸ Cuando, meses después de la sanción de la ley, se iniciaron dentro del PAN las negociaciones para definir la candidatura presidencial, las críticas recrudecieron. Poco importaban, desde ese punto de vista, las profundas divisiones que atravesaban al PAN y dificultaban la selección interna de la candidatura oficial. Tampoco la evidente declinación de la influencia de Roca que, lejos de imponer a un sucesor, tuvo que contentarse con bloquear las aspiraciones de su antiguo aliado devenido ahora rival: Carlos Pellegrini.³⁹ La Convención de Notables había sido anunciada como una gran asamblea de representantes de las principales áreas del quehacer nacional. Terminó siendo una reunión más acotada del PAN donde se proclamó a un candidato “independiente”, Manuel Quintana, surgido de arduas transacciones internas y de explosivas deserciones, empezando por la de Pellegrini y sus seguidores (Castro, 2012, pp. 112-129).

La campaña periodística pasó por alto todas estas peripecias para concentrarse, en cambio, en el “atentado contra la soberanía popular” que, supuestamente, entrañaba la realización de la Convención. Aquel “engendro”, se decía, se preparaba para “ungir” al candidato que luego, manipulación mediante, se impondría en las elecciones. No habría, por lo tanto, “lucha libre”, sino una usurpación ilegítima e ilegal de los derechos políticos del pueblo: “en las democracias verdaderas, el sufragio es el atributo directo de la soberanía, es el postulado efectivo de la dignidad cívica, que no se cede ni delega”.⁴⁰ Los diarios fueron todavía más allá y trajeron expresamente el recuerdo de lo sucedido en julio de 1901: “recuérdese cómo murió el proyecto de unificación de los empréstitos anteriores, [...]. ¿Por qué el proceso deprimente de las candidaturas no había de desprender, como solución final, una conmoción cívica imponente de ese género?”⁴¹ La Convención sesionó el 12 de octubre de 1903 y formalizó la designación de Quintana. La reunión se llevó a cabo en un salón del centro de la ciudad, el Prince George Hall, mientras en las calles se congregaban las demostraciones de protesta. Entre “silbidos, ¡muera! y ¡abajos! que era un contento”, los manifestantes resistieron con “piedras y cascotes” las embestidas

³⁸ *La Nación*, 01/09/1902, p. 4; *La Prensa*, 15 y 18/10/1902, p. 3.

³⁹ Luego del fracaso del proyecto de unificación de la deuda externa, a mediados de 1901, se había producido dentro del PAN una fractura de gran trascendencia, entre roquistas y pellegrinistas. La decisión que tomó Roca de abandonar el cuestionado proyecto fue duramente objetada por Pellegrini y se convirtió en el detonante de tensiones previas que recorrían la sociedad política entre los dos líderes más importantes del PAN (Botana, 1994, p. 224; Castro, 2012, p. 66).

⁴⁰ *La Nación*, 16/07/1903, p. 5; *La Nación* y *La Prensa*, 09 al 12/10/1903.

⁴¹ *La Prensa*, 04/06/1903, p. 4.



del escuadrón de seguridad que pretendía desalojar los alrededores del salón. Los disturbios se prolongaron durante todo el día, hasta bien entrada la noche, y fueron protagonizados –una vez más– por estudiantes universitarios al grito de “no queremos tutores”.⁴²

El movimiento estudiantil contra la Convención siguió un patrón semejante al que en 1901 había impulsado el rechazo del proyecto de unificación. La Facultad de Derecho fue el epicentro, se efectuaron asambleas, se publicaron manifiestos y, por último, se llevó la protesta a las calles. En este caso, el llamado estaba dirigido a “la juventud y al pueblo de la capital” para que, “en nombre de las conveniencias públicas y de nuestra democracia”, se movilizaran en repudio de lo que se consideraba una tentativa por parte del grupo gobernante de “querer erigirse en mentor del pueblo”. Los discursos pronunciados en las reuniones preparatorias también instaban a los concurrentes a “dar una nota viril” marchando contra la reunión de los Notables, “imponiéndose con la fuerza de sus derechos para impedir que la convención formada por muchos que deberían estar en la cárcel atacara la democracia”.⁴³ Se reiteraba así la acusación sobre la corrupción de los gobernantes y no sólo como inhabilitación moral, sino como una alusión bastante explícita a presuntos delitos que, según esto, hubieran merecido una sanción legal. Pero además, la denuncia de corrupción reaparecía ahora como obstáculo, como impedimento, para el normal funcionamiento de la democracia, entendida ésta fundamentalmente como el libre ejercicio del voto en elecciones competitivas y transparentes.

Por supuesto esa inquietud no era nueva, formaba parte central de los discursos impugnadores del régimen del PAN desde su conformación misma, pero lo que se presentaba como novedoso en este contexto era la insistencia con que se empleaba el concepto de “democracia”, a la vez como reclamo y como esperanza, y no sólo en términos de la redoblada queja por el fraude y por la intromisión de los “gobiernos electores”, sino también –y sobre todo– porque el particular uso que el oficialismo estaba haciendo del instrumento de la Convención exponía, de una manera especialmente ostensible, la contradicción (o, por lo menos, las tensiones) entre la promesa de cambios en el funcionamiento electoral que había traído consigo la reforma electoral de 1902 y los artilugios por medio de los cuales –sostenían las voces críticas– el “régimen oligárquico” buscaba continuar reproduciéndose a sí mismo. “La convención contradice la ley electoral”, se decía, puesto que tendía a suprimir la contienda política “que es la realidad y la vitalidad de la democracia”. La iniciativa oficial no era sino “la negación absoluta de la democracia”, porque se pretendía que un grupo de

⁴² *La Prensa*, *La Nación* y *El País* 12/10/1903; *Caras y Caretas*, 17/10/1903.

⁴³ *La Prensa*, 09 y 11/10/1903, p. 6; *La Nación*, 10/10/1903, p. 5.



“notables” dictaminara sobre la gran cuestión de la sucesión presidencial dejando en un rol secundario y marginal a la votación de los ciudadanos. La Convención era antidemocrática por su finalidad y también por la modalidad que adoptaba. “Se la ha querido bautizar con algún nombre y se le ha dado el más desgraciado de todos: Convención de Notables. El nombre es una lápida”.⁴⁴ En rigor, las objeciones se basaban en la formulación inicial que había asumido la idea la Convención: una extensa congregación de referentes de la economía, la cultura y la política del país que definiera por consenso la candidatura presidencial con la expectativa de dominar o, por lo menos, atenuar la incertidumbre de la contienda electoral, especialmente en el marco de la ya mencionada división del oficialismo y de una incipiente pero atendible reactivación de las fuerzas de la oposición. Rápidamente, aquella propuesta demasiado ambiciosa había demostrado ser inconducente y, en su lugar, se había organizado una reunión de delegados del PAN para designar un candidato. Sin embargo, la noción de un atentado contra la democracia persistió como motivo de la oposición y, así enunciado, pasó a ocupar un lugar sustancial en la prédica de los sectores que condenaban la legitimidad del sistema de controles sobre los que se asentaba el predominio del partido gobernante y apuntaban a Roca como digitador de manipulaciones e imposiciones.

Como ya se indicó, fueron los estudiantes quienes levantaron esas denuncias y las transforman en consignas de la protesta. Pero intervinieron también otros actores que empezaban a tener un papel cada vez más relevante en la dinámica política del novecientos: nuevas agrupaciones partidarias y otras que habían cambiado recientemente de forma y objetivos, aquellos que la prensa designó precisamente en ese contexto –el de las demostraciones contrarias a la Convención de Notables– como los “partidos populares”.⁴⁵ La denominación trae en primer término la referencia al proceso de reorganización de la UCR que, luego de varios años de dispersión de dirigentes y militantes, recuperaba la solidez de la estructura y de la simbología partidaria, bajo el liderazgo de Hipólito Yrigoyen (Alonso, 2000, pp. 282-288; Reyes, 2022, pp. 217-251). La vuelta a escena del radicalismo fue formalmente anunciada y celebrada con un multitudinario mitin el 26 de julio de 1903, en un nuevo aniversario de la revolución del Noventa. La extraordinaria asistencia (un “río humano” que avanzaba “enfilado por miles de curiosos”) fue elogiada por las crónicas periodísticas y por los propios organizadores como el testimonio no tan sólo de la “vitalidad de las huestes radicales”, sino también, y más importante, de la reanimación que experimentaba el “espíritu cívico”. “Entre los radicales y la opinión general” se verificaba, según esto, una “íntima comunión de aspiraciones”. Pero, lo que interesa resaltar aquí es que se filtraron en la

⁴⁴ *La Nación*, 22/07/1903, p. 5.

⁴⁵ *La Prensa*, 11/10/1903, p. 6.



movilización alusiones a los conflictos que sacudían el escenario político. Durante el paso de la manifestación por la calle Florida “los vítores y las aclamaciones [al Partido Radical] se repetían matizados con mueras y ¡Abajo la convención! (...) La rechifla arreciaba, con voces de ¡Abajo los notables!, ¡Viva el sufragio libre!” Llegado el momento de los discursos, un estudiante del Comité Universitario de la UCR al que se le cedió la palabra condenó “la política de los que se consideran tutores del pueblo argentino, pretendiendo imponerle un presidente por medio de una convención en la cual no interviene para nada la voluntad de los pueblos de la república”. Por su parte, aunque sin aludir directamente al asunto de la Convención, los oradores principales –Vicente Gallo y José Santos Arévalo– apelaron una vez más al recuerdo del Noventa para remarcar que el “régimen absorbente” contra el que se había combatido entonces, trece años antes, permanecía “fuerte en sus posiciones oficiales, con las tendencias, los procedimientos y los hombres que lo caracterizan y con la amenaza de perpetuarse”.⁴⁶

El entrecruzamiento de la protesta contra la Convención de Notables y la acción político-partidaria tomó formas incluso más concretas. Dos de los integrantes de la comisión organizadora de la movilización estudiantil, Antonio Frers y Sabás P. Carreras, lo eran asimismo de la Juventud del flamante Partido Republicano. Uno de los dirigentes de ese partido, Antonio F. Piñero, fue orador principal en los actos que se realizaron en el salón Bon Maché en julio y de nuevo en octubre de 1903, para impugnar el mecanismo de la Convención.⁴⁷ El Partido Republicano había sido fundado el año anterior por Emilio Mitre. Se trataba de una reorganización de fuerzas y de liderazgos dentro del mitrismo, luego del retiro de Bartolomé Mitre de la escena pública. Como parte de ese empeño y con vistas a la campaña electoral de 1904 (se iban a realizar elecciones legislativas, además de las presidenciales), los republicanos articularon un discurso marcadamente opositor que ponía en primer plano el reclamo de transparencia electoral (Zimmermann, 1998). La protesta contra la Convención de Notables sintonizaba bien con ese perfil y por eso, como se encargaron de subrayar con ironía las voces oficialistas, los “conspicuos” del nuevo partido no se habían privado de alimentar con “arengas incendiarias” la movilización de los “caballeritos” universitarios.⁴⁸

No fueron los únicos. Alfredo Palacios, entonces un joven dirigente del Partido Socialista, se unió también al movimiento en rechazo de la Convención. Palacios estaba recién iniciando su carrera política, pero ya había ganado fama de excelente orador y su popularidad iba en aumento, tanto dentro como fuera del

⁴⁶ *La Nación y La Prensa*, 27/07/1903, p. 5, *Caras y Caretas*, 01/08/1903.

⁴⁷ *La Prensa y La Nación*, 24/07/1903, p. 5; *La Prensa*, 11/10/1903, p. 4; *Caras y Caretas*, 17/10/1903.

⁴⁸ *El País*, 20/10/1903, p. 4.



partido. En julio de 1903, cuando empezaba a tomar forma la protesta de la juventud contra los Notables, participó en el primer acto en el Bon Marché y pronunció, a pedido de los asistentes, “un discurso inspirado y de impetuosa fogocidad, que le valió una verdadera ovación”.⁴⁹ En la misma línea que la campaña periodística y que el movimiento que se estaba gestando entre los estudiantes, afirmó que era necesario contribuir a esa “manifestación simpática de la democracia, tendiente a combatir a un grupo de pretendidos notables para quienes es un mito la soberanía popular”. Esa intervención le valió una dura polémica con la dirigencia partidaria, que le reprochó el haberse mezclado en un conflicto propio de la “política criolla”, ajeno a los propósitos y los métodos de la lucha socialista:

*(...) toda esa política se circunscribe a declarar que los hombres que están en el poder usufructuándolo son los únicos culpables, o mejor dicho que en ellos se encuentra toda la causa del malestar social que aqueja al pueblo, y que el medio de reparar todos esos males es desalojar a aquellos y reemplazarlos por los que se encuentran fuera del gobierno.*⁵⁰

Resulta llamativo no sólo que Palacios utilizara el mismo lenguaje que los representantes de la oposición al PAN, sino que también lo hiciera la voz oficial del Partido Socialista (el periódico *La Vanguardia*) para criticarlo. Palacios no se limitó a enunciar discursos; acompañado por “algunos socialistas que daban vítores a su partido”, se sumó a las manifestaciones que el 12 de octubre tuvieron lugar en los alrededores del Prince George Hall para repudiar la proclamación de Quintana como candidato oficial. Más aún, junto con Enrique del Valle Iberlucea (otro joven dirigente partidario) y el escritor Manuel Ugarte, fue arrestado por la policía en los disturbios callejeros que se produjeron mientras los convencionales sesionaban. Los tres fueron llevados, entre quejas del público, a una comisaría de la capital, donde permanecieron detenidos un par de días bajo el cargo de resistencia a la autoridad. El accionar policial durante las demostraciones contrarias a la Convención de Notables fue objeto de fuertes denuncias, se aseguró que los agentes habían golpeado a los manifestantes, los habían insultado y habían hecho “prisiones a granel”. Los diarios se esforzaron por presentar la imagen de un supuesto triunfo simbólico: la Convención se había realizado, el PAN había investido a su candidato, pero eso había sido posible sólo gracias a la “brutal” represión de las protestas.⁵¹ En ese esquema, las manifestaciones no habían podido impedir el atentando contra la democracia que hacían los “notables”, pero habían servido para exponer en toda su crudeza la arbitrariedad de un sistema fundado en la vulneración del

⁴⁹ *La Prensa*, 24/07/1903, p. 5.

⁵⁰ *La Vanguardia*, 01/08/1903, p. 3.

⁵¹ *La Prensa*, 14/10/1903, p. 6.



sufragio y la coacción política. Aquel era, sentenciaba la prensa opositora, el “triste y funesto epílogo” de la presidencia de Roca.⁵²

Conclusión

El propósito de este trabajo ha sido presentar algunos testimonios y argumentos sobre la existencia en la ciudad de Buenos Aires a comienzos del novecientos de un *mundo político* conformado por denuncias, consignas y manifestaciones de fuerte impronta opositora, y en el marco del cual coexistían diversos sectores que, aunque con sus propias reivindicaciones, compartían –sin embargo– un modo de situarse en el espacio político de la ciudad, de tomar parte en los conflictos que lo recorrían y de darle significado a sus acciones. Esa dinámica se alimentaba del recuerdo operativo del Noventa, de las denuncias contra los “gobernantes corruptos”, de las acusaciones contra el presidente Roca y de los anhelos de “democracia”. Se montaba fundamentalmente sobre el antagonismo entre la “opinión pública” y una “oligarquía” aferrada al poder que, se decía, había arrastrado al país a la degradación moral, el sometimiento político y la ruina económica.

El mundo político del novecientos era en gran medida el resultado de los sentidos y las interpretaciones que inscribían los diarios más importantes con sus críticas al gobierno, pero excedía al mismo tiempo los límites de la discusión periodística y comprendía una variedad de actores (estudiantes, trabajadores, militantes partidarios, etc.), entramados asociativos (la universidad, las organizaciones gremiales, los partidos políticos, los clubes barriales) y mecanismos de participación (peticiones, asambleas, mitines, protestas callejeras). Abarcaba, fundamentalmente, el espacio público urbano –las calles de la capital– porque era allí donde se articulaban diferentes reclamos y contiendas, pero también donde cristalizaba una confrontación más amplia que los englobaba a todos, los traducía a un lenguaje común y los potenciaba. El enfrentamiento de la “opinión” con la “casta gobernante” tiñó la dinámica política de aquellos años y contribuyó a instalar un estado de descontento creciente con un gobierno que aparecía acechado por múltiples desafíos, cuestionado y crecientemente desgastado por las protestas.

Desde esa perspectiva, lo que se advierte es un clima de contrariedad de la población respecto de quienes ejercían el poder y de agitación pública que impactaba, con dichos y hechos, sobre la dirección del gobierno. La crisis del roquismo en el cambio de siglo adquiere así una dimensión diferente, que excede

⁵² *La Nación*, 10/10/1903, p. 5.



las disputas dentro del grupo dirigente para incluir a otros actores políticos que lo interpelaban con un modo de intervención y un guion propios.

Bibliografía

- Alonso, P. (1997). "En la primavera de la historia". El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* (15). Recuperado de https://ravignanidigital.com.ar/_bol_ravig/n15/n15a02.pdf
- Alonso, P. (2000). *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*. Buenos Aires: Sudamericana
- Alonso, P. (2010). *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Edhasa.
- Botana, N. (1994). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Buchbinder, P. (2022). *Historia de la Universidad de Buenos Aires: 1881-1945*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Buonuome, J. (2025). *Un diario para el pueblo. Periodismo de izquierda en la historia argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castro, M. (2012). *El ocaso de la república oligárquica. Poder, política y reforma electoral. 1898-1912*. Buenos Aires: Edhasa.
- Castro, M. (2019). Escepticismo, irreverencia y reformismo: las imágenes del parlamento argentino en la caricatura y el ensayismo (1880-1912). *Anuario de Historia de América Latina* (56). <https://doi.org/10.15460/jbla.56.148>
- De Vedia, J. (1954). *Como los ví yo*. Buenos Aires: M. Gleizer.
- Gallo, E. (2013). "Un quinquenio difícil: las presidencias de Carlos Pellegrini y Luis Sáenz Peña (1890-1895)". En E. Gallo; *La república en ciernes. Surgimiento de la vida política y social pampeana, 1850-1930*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gayol, S. (2008). *Honor y duelo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gerchunoff, P., Rocchi, F. & Rossi, G. (2008). *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1850-1905*. Buenos Aires: Edhasa.



Hora, R. (2024). Conflicto social y conflicto político en la Argentina liberal: la huelga portuaria de 1902 y la sanción de la Ley de Residencia. *Anuario IEHS* (39, 1).

Lobato, M. (2000). "Los trabajadores en la era del «progreso»". En M. Lobato (dir.); *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Mc GeeDeutsch, S. (2003). *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Navajas, M. J. (2019). Las agrupaciones políticas juveniles frente a la crisis del juarismo. La formación de la "Unión Cívica de la Juventud" en Buenos Aires, Rosario y Tucumán, 1889-1890. *Coordenadas* (6, 1).

Navajas, M. J. y Rojkind, I. (2024). "Revolución, promesas quebrantadas y agravios impunes. La movilización política en clave emocional". En F. Gantús y A. Salmerón (coord.); *Emociones en clave política: el resentimiento en la historia. Argentina y México, siglos XVIII-XX*. Rosario: Prohistoria.

Navajas, M. J. y Rojkind, I. (2021). "Incertidumbre, miedos y acción política. Buenos Aires, 1890". En F. Gantús, G. Rodríguez Rial & A. Salmerón (coord.); *El miedo, la más política de las pasiones. Argentina y México, siglos XVIII-XX*. México: Instituto Mora.

Piccato, P. (2015). *La tiranía de la opinión. El honor en la construcción de la esfera pública en México*. México: El Colegio de Michoacán-Instituto Mora.

Ramos Mexía, E. (1939). *Mis memorias, 1853-1935*. Buenos Aires: La Facultad.

Reyes, F. (2022). *Boinas blancas. Los orígenes de la identidad política del radicalismo (1890-1916)*. Rosario: Prohistoria.

Rocchi, F. (2011). "Argentina en el mundo". En E. Míguez (coord.); *Argentina. La apertura al mundo (1880-1930)*. Madrid: Mapfre-Taurus.

Rodríguez Kuri, A. (2010). *Historia del desasosiego. La revolución en la ciudad de México, 1911-1922*. México: El Colegio de México.

Rojkind, I. (2026). "Opinión pública". En N. Bacolla, L. Cucchi & F. Reyes (eds.); *Términos políticos fundamentales. Argentina 1880-1930*. Buenos Aires: Katz.

Rojkind, I. (2019). El diario *La Prensa* en el cambio de siglo: modernización periodística y batallas políticas. *Investigaciones y ensayos* (68). Recuperado de https://iye.anh.org.ar/index.php/iye/article/view/IyE_N_68_A4



- Rojkind, I. (2017). Campañas periodísticas, movilizaciones callejeras y críticas al gobierno. La participación política en el "orden conservador". *Investigaciones y ensayos* (65). Recuperado de <https://iye.anh.org.ar/index.php/iye/article/view/53>
- Rojkind, I. (2008/9). El "malestar obrero". Visibilidad de la protesta social en Buenos Aires del novecientos. *Travesía* (10/11). Recuperado de http://www.travesia-unt.org.ar/pdf/travesia1011_2.pdf
- Rojkind, I. (2006). Prensa, manifestaciones y oposición política. La protesta contra la unificación de la deuda en julio de 1901. *Estudios Sociales* (31). <https://doi.org/10.14409/es.v31i1.2583>
- Román, C. (2010). "La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)". En A. Laera (dir.); *Historia crítica de la Literatura argentina: el brote de los géneros*. Buenos Aires: Emecé.
- Romero, A. L. (2020). Movilizaciones patrióticas y crisis política: la Liga Patriótica, Argentina 1898. *Anuario del Instituto de Historia Argentina* (20, 2). <https://doi.org/10.24215/2314257Xe124>
- Romero, A. L. (2019). El "escándalo Magnasco". Denuncia pública y controversias sobre el papel del Congreso en la Argentina del 1900. *Anuario de Historia de América Latina* (56). <https://doi.org/10.15460/jbla.56.147>
- Sabato, H. (1998). *La política en las calles. Entre el voto y la movilización*. Buenos Aires, 1862-1880. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sabato, H. (2018). *Republics of the New World. The Revolutionary Political Experiment in 19th.-Century Latin America*. Princenton University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctt1wf4d03>
- Suriano, J. (1989). El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916. *Anuario de la Escuela de Historia* (14).
- Zimmermann, E. (1998). La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de *La Nación* y el Partido Republicano. *Estudios Sociales* (15). <https://doi.org/10.14409/es.v15i1.2411>

Recibido: 7 de febrero de 2025

Aceptado: 26 de marzo de 2025

Versión Final: 26 de marzo de 2025